



## CAPÍTULO IV.

### SU PROFUNDA HUMILDAD.

- I. Sentimientos.—Práctica en el trato con los de casa.—Con los de fuera.—Ejercicios en que se empleaba.—Su ansia de servir á otros.
- II. Es el refugio de los superiores.—Sirve la comida á los pobres.—Su inclinación á los Hermanos legos.—Testimonio abonado.
- III. Humildad en las honras.—Afectos de menosprecio propio.—Testimonios.—Escribe al canónigo Froymont de puro agradecido.

#### I

**C**UÁN altamente sintiese de esta soberana virtud, lo dejó registrado en sus papeles, que contienen un tratadito práctico de ella. En los *Avisos contra la soberbia* dice así: *Principio de todo pecado es la soberbia. Motivos para desarraigarla. 1.º Cristo desde la cruz me dice: tú que pretendes ser de mi Compañía, aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón. 2.º Si cebas en tu alma el vicio de la soberbia, eres un falso; la sotana te vende por compañero de Jesús, y tu interior te pregona en verdad compañero del demonio. 3.º Si quiero tener por madre á la Virgen Maria humildísima esclava de Cristo, es menester arrancar de mí*

*alma la soberbia.* Después propone tres remedios; la protección de la Virgen, el conocimiento propio, y la claridad con los superiores y padres espirituales.

En otra parte apuntó, entre los propósitos del año 1620, estos: *Atajar luego todo pensamiento que me induzca á pensar grandemente de mí: no decir palabra en mi alabanza, si la obediencia no mandare otra cosa: no hacer público alarde de cosas que está bien hacerlas en el aposento: cuando te alaben, confúndete de verte estimado en lo que no eres: si alaban á otro, gózate de ello, y echa de ti todo asomo de envidia: desea y procura para los otros lo mejor, tenlos por superiores, hablando con ellos con respeto de humildad: no te prefieras á otro, y siente de todos muy bien: me portaré en la Compañía como un mendigo recibido por gracia, y pensaré que todo me lo dan de limosna y por favor.*

Conforme á la severidad de los dictámenes era su manera y trato. La antecendencia de los iguales preponderaba en su corazón, y la manifestaba en lo exterior cuando les ofrecía el mejor lugar y el puesto más ventajoso, y guardaba para sí el más mortificativo. Aun con los más pequeños y de clase inferior tenía sus delicias, y se apocaba y abatía. Si alguno ponía el pie en su aposento, levantábase él al instante, y con el bonete en la mano preveníale en la cortesía <sup>1</sup>. Con cualquier Hermano era el primero en descubrirse, y lo hacía con un semblante respetuoso, cual si á Cristo nuestro Señor tratase <sup>2</sup>. Si iba de compañero con alguno de su condición, le había de ceder la mano derecha <sup>3</sup>.

1 Proc. rom., pág. 428.

2 Proc. rom., pág. 439.

3 Proc. rom., pág. 475.

El tiempo de la recreación no le eximía del ejercicio de la humildad. Lejos de hacer ostentación de ingenio, con tenerle aventajado, disimulaba saber cosas que ciertamente no ignoraba. Hacía á veces preguntas, y proponía dudas tales, que movían á risa por la baja opinión que engendraban; pero él, por hacer guerra á la vanidad, no se despreciaba de esconder sus talentos, y quedábase mesurado y grave, sin dar señal que descubriese la traza <sup>1</sup>, aunque á la verdad no podía su ingenio en estos casos quedar tan oculto á los demás, que dejase de traslucírseles entre los celajes del abatimiento. No eran sus actos de humildad ceremonias de buena educación, ni melindres de alma apocada, sino viva expresión del bajísimo concepto de sí; su mucha simplicidad y llaneza de palabras, y aquella manera de tratar sin fingimiento ni doblez era el imán que arrebatava los corazones.

La humildad en el trato con los de casa le nacía de un cierto género de veneración que les profesaba, y que no sabía disimular. *Grande era*, testifica Guillermo Van Aelst, *el acatamiento que á los nuestros tenía; elogiaba y engrandecía á los que en el respeto se señalaban. Yo no acabaría si hubiera de referirlo todo; sólo añadiré la suma confianza que tenía puesta en las obras y oraciones de todos, como si ellas le hubieran de abrir las puertas del cielo y granjearle la eterna salvación. ¡Oh eximia humildad y desconfianza de sí grandemente admirable* <sup>2</sup>! Todo esto dice Van Aelst.

El que á los nuestros así respetaba, de suma

1 Proc. rom., pág. 466.

2 Proc. rom., pág. 280.

veneración usaba con los religiosos de otras Ordenes. Adelantábase á hacerles la venia en calles y plazas. El cuidado de no faltar á este deber, ponía á veces en aprieto su modestia; sin faltar á ella, de lejos olía y avisaba al compañero que pasaba un religioso. Una vez declaró al Hermano Pablo Oliva, cuánto le dolía que alguno dejase de saludar por la calle á los otros religiosos. La reverencia á estas ilustres familias le enseñó el ejercicio de mirar en cada uno de los miembros á los santos Patriarcas que las habían instituido. En divisando á un religioso dominico, decía: *Saludemos á Santo Domingo*. Igualmente honraba en persona de sus hijos á San Agustín, á San Benito, á San Bernardo y demás fundadores, y los trataba como á hermanos mayores de su Padre San Ignacio, y á sí propio como al menor de la mínima Compañía.

Andaba hambriento de ejercicios de humildad; y tenía por muy beneficiado si le dejaban ocuparse en servir á los demás, sin avergonzarse de andar en oficios humildes. Además de las dos veces que le tocaba por semana, como al común de los estudiantes, servir en el refectorio, á puras instancias había alcanzado del Padre Ministro licencia para dos veces más. Advirtió en ello el P. Rector, y por respeto á su salud fuéle á la mano, y le vedó que en adelante sirviese fuera de turno. Antes de ceñirse el mandil se hincaba de rodillas á hacer oración. Con guardar la severísima modestia que dijimos y andar tan sobre sí, no se le pasaba cosa que faltase en las mesas: y era misterio inexplicable cómo juntaba los extremos de una singular compostura con los afanes de la solicitud. Proveía con especial cuidado al servicio de aquellos Padres que por sus ocupaciones habían faltado á pri-

mera mesa. Los sábados lavaba la vajilla mañana y tarde, en obsequio de la Virgen María.

En Roma, como en Malinas, tuvo el cargo de las luces. Alegó aquí por título, para conseguir su pretensión, la antigua pericia en el arte. En hecho de verdad, lo que más peso tenía en su corazón, fuera del ejercicio de humildad, era la memoria de San Luis, que en el mismo Colegio Romano había consagrado con su aplicación este ministerio. Para atajar competencias de pretendientes, rogó al Padre Rector le nombrase lamparero perpetuo, aun en tiempo de frío, sin importarle que la inclemencia le llenase de sabañones las manos y se las pusiese de hinchadas que movía á compasión<sup>1</sup>. Se procuró una sotana remendada y raída; así vestido muchas veces, socolor de velonero, se presentaba en público, tomándose la humillación por sus propias manos<sup>2</sup>. ¡Qué amor á la humildad no inspiraba verle con delantal y estropajo de acá para allá aderezando, encendiendo, alegrando las luces de los tránsitos, cortando el pábilo para que lucieran mejor! Los días de campo echaba aceite y preparaba los mecheros antes de salir, á menos que pensara volver temprano. En suma, el amor al menosprecio y olvido de sí le bañaba el rostro de una alegría más verdadera que la que el mundo proporciona con los honores y altos empleos.

Enviáronle á Frascati con otros compañeros para hacer los oficios de Semana Santa. No bien hubo puesto el pie en la casa, cogió la escoba, y comienza á barrer la escalera. Este humilde ejercicio le dió margen para reparar que muchos de los que subían andaban llenos de barro; y como á

<sup>1</sup> Ceparí, *Vita*, part. II, cap. xvi.

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 468.

él nadie le ganó en coger la ocasión por la melena, con el ardiente deseo de ponerse á los pies de todos fué en busca de los zapatos, los limpió, dióles betún y lustre, y después bonitamente dejólos en su propio lugar. A los favorecidos no les pudo costar mucho el acertar con el fino servidor, aunque se cubriera él con las tinieblas del silencio; y preguntado que cómo usaba tan malas artes, respondió á la chanza ocultando con el velo de una dulce sonrisa el caudal de su humildad<sup>1</sup>. Y es cierto que si los tenía á todos en posesión de superiores, sólo en el celo de servirles y de tratarse como esclavo no quería ceder á nadie la ventaja.

## II

**S**H, y qué solaz le daban los casos y ejercicios de la humildad; y más si con ellos andaba envuelta razón de caridad! Hablarle de eso era llenarle las medidas del contento. En cierta ocasión estaban ausentes del Colegio los Hermanos encargados de distribuir á los pobres la comida. El Hermano Félix Carminata, para suplir la falta, pidió al Superior algún estudiante que le ayudase. Acudió, pues, al brazo escolar; pero todos, quién con una, quién con otra, le cargaron de razones; que si las tuvo él por buenas, mas no por bastantes para sacarle del apuro, y así vase derecho al Ministro y cuéntale lo que pasa. Entonces "Tome, Hermano, al Hermano Berchmans,, dijo el Padre sin

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 507.

dejarle acabar. *En el tono de la voz, añade el Hermano Carminata, y en la presteza con que me le nombró, entendí claramente que le tenía con frecuencia en los labios, y que en lances apretados se aprovechaba de su servicio. Y así fué, que indicarle yo al Hermano Juan el deseo del superior, y volar conmigo á la hora á cumplirle alegre y sin sombra de excusa, fué obra de un solo punto.,* Por esta causa le llamaban comúnmente el *refugio* del P. Ministro.

Para el cargo de repartir la comida á los pobres, como para todo lo que sonaba humillación, parecía tener gracia de estado. Escudillar la menestra es una incumbencia penosa y de no pequeña mortificación. Juan señalaba con piedra blanca los días en que le tocaba llevarla á la portería con los relieves de la mesa y las sobras de la cocina. Después de repartir la comida á los pobres, á veces tomaba la escudilla con ellos. "La penúltima vez que fui con él, dice el Hermano Juan Pablo Oliva, dióse tan buena maña, que á pesar de mi buena voluntad no me dejó meter mano casi en nada, y luego por remate guardó para sí los desperdicios<sup>1</sup>.,

Era muy conforme á su inclinación tratar con los Hermanos coadjutores, como otras veces se ha visto, y consta en sus propósitos. Y generalmente hablando, donde mayor número de virtudes podía ejercitar á la vez, allí le impelía el deseo de perfección. Preciábase de servirles, preveniales con el comedimiento, ganábales por la mano en los saludos, tratábalos con una deferencia que los confundía, se allanaba á su condición con dulces y apacibles maneras, borrábales la tristeza con sus

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 466.

gracias, érales, en fin, ejemplo, luz, consuelo y corona.

*No tendrás reparo en juntarte á menudo con los Hermanos coadjutores:* este propósito le llevaba adelante asistiendo con ellos á recreación, ofreciéndose á serles compañero de salida, haciéndose siervo y esclavo suyo, ayudándoles en las faenas domésticas y en las oficinas de su cargo, sin reparar en dar molestia al cuerpo.

De mucha edificación es el homenaje que la agradecida memoria del Hermano coadjutor Cerrutti tributó á la humildad de nuestro Santo. *“Me causaba, dice, grande admiración ver con qué humildad venia á pedirme lo que él llamaba favores, como cortarle el pelo, y otras pequeñeces; me agradaba por extremo su repugnancia á toda singularidad. Cuando vino de Flandes trajo un lindo ceñidor: al punto corrió á dársele al ropero, á pedirle uno común. Siempre que venia á buscar papel, plumas y otras menudencias, á muy poca costa le dejaba satisfecho y bien pagado. Dijome una vez: El B. Ignacio queria ver siempre en sus hijos tres cosas particularmente; humildad, rendimiento y alegría. Todas ellas las poseía él en muy excelente grado. Y por no decir más que de su humildad, cuando siendo lamparero venia á mi por aceite ó mechas, no pocas veces estando yo ocupadísimo y distraído en otras mil cosas, le pedía por favor que aguardase un ratito. No era menester más á su humilde paciencia. A lo mejor olvidábame yo de mi carísimo Hermano Berchmans, y cuando después de buen rato volvía yo, le pedía mil perdones; pero él en vez de afearme la tardanza me daba las gracias con los labios llenos de risa. En el dar gracias no bus-*

*caba palabras repulgadas y de cumplimiento sino sencillamente decia: Bendito sea Dios, Dios se lo pagará. Deo gratias*<sup>1</sup>.

## III

Las humillaciones de más estima son las que tocan en la honra. *En ofreciéndose te mortificación de la honra, abrázala de corazón:* espoleado por la firmeza de este propósito, procuraba buscar por sí, cuando no se le ofrecía, quien le dijese las faltas<sup>2</sup>. Si por vía de prueba, ó por falsa aprehensión le reprendían ó daban en rostro con un defecto, aceptaba la humillación en silencio y con señales de contento. *Acepta la humillación,* leemos en sus papeles; *lo primero, con paciencia, porque así acrecientas la corona; lo segundo, con prontitud, porque así imitas á Cristo que en el huerto decia surgite eamus; lo tercero, con gozo, porque así tendrás paraíso en la tierra. Paréceme,* declaró Albergotti, *haberle visto siempre contentísimo, sin turbación ni tristeza; delante de mí le sobrevinieron mortificaciones y reprensiones, pero abrazábalas con humilde silencio*<sup>3</sup>.

Esta era su gloria, andar encogido y avergonzado delante de los hombres, y que le tuvieran por indigno de cualquier honra, sólo digno de menosprecio. *Desea que te estimen por vil,* solía exclam-

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 371.

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 448.

<sup>3</sup> Proc. rom., pág. 426.

mar; *si eso no consigues, afligete de corazón, porque sólo así serás precioso en el acatamiento de Dios. Aparta los ojos y menosprecia, cuanto á ti, las gracias gratis dadas, porque por ellas se expone uno á veces á peligro de condenarse.* Con el metro de este principio media los actos todos y las obras de su vida, el sobrecejo vencía con la blandura, la aspereza con el contento, el ceño con la alegría, la condición brava con la medida y templanza, la dura conversación con la suavísima apacibilidad, la reprensión con el silencio, la alabanza con su abatimiento, siendo el remate, punto y flor de todo esto su dulcísima y agradabilísima humildad, que parecía haber deshecho en él su propio y natural sér.

En fin, *era humildísimo*, dice el P. Grassi, y *ninguna vez le oímos yo ni otros, que se sepa, una palabra de alabanza propia: á todos los tenía por mejores, y de todos iba anotando actos de virtud, como hallamos en su cartapacio, para poder imitarlos*<sup>1</sup>. En el manuscrito que indica el P. Grassi, llevaba apuntados una serie de ejemplos edificantes que había advertido en los Padres y Hermanos del colegio, sin diferencia de edad y condición. *Tenta resuelto*, dice el P. Massucci, *como blanco y norte de su vida religiosa, singularizarse en la humildad y en toda obra de virtud... llevando por único fin la mayor gloria de Dios y el bien de las almas... Cuán de veras formaba éste propósito sácase bien de éstas palabras que dejó escritas de su mano: "Nisi ego sanctus evadam in terra dum sum juvenis, nunquam ero sanctus,"*<sup>2</sup>.

1 Proc. rom., pag. 242.

2 Proc. rom., pag. 226.

Demos aquí cabida á una carta que escribió al licenciado señor canónigo Froymont un año después de su llegada á Roma. No es maravilla tuviese año entero represados los sentimientos de su corazón agradecido, pues correo de Roma á Malinas, que costaba dos meses de viaje, se le proporcionaba muy raras veces: en ésta, que le deparó Dios con ocasión de pasar á Flandes un conocido suyo, quiso significar con la pluma á su amo y antiguo favorecedor el reconocimiento por las finezas recibidas. Toda esta carta despide fragancia de sólida y sencilla humildad. El original se guarda en la Biblioteca de Bruselas, Mss. n. XI. Traducida del latín dice así:

*Muy reverendo Señor.—Pax Christi.*

*Incurriría yo por cierto en la nota de ingrato si dejase escapar la buena coyuntura, que se me viene á las manos, para saludar á V. S. á quien debo tantas mercedes. A V. S. soy deudor de la prosecución de mis estudios y de la leche celestial, quiero decir, del temor de Dios, y devoción que han penetrado en mi alma. El estar yo en la Compañía de Jesús, yo, ruin y sobremanera indigno de estar en ella, ser yo compañero de Jesús (y esto me basta), esta tan grande dicha se la debo á la piadosísima educación de V. S.*

*Lo paso muy bien aquí en Roma; acá me enviaron los superiores hace un año desde Malinas. He cumplido el primer año del curso de filosofía en el Colegio Romano de nuestra Compañía, donde moran doscientos y más entre Padres y hermanos, casi todos aplicados de continuo á los estudios. ¡Rara maravilla! los hay de diferentes naciones, españoles, polacos, alema-*

nes, portugueses, dálmatas, sicilianos, napolitanos, belgas, lituanos, franceses, etc. Viven unidos con apretadísimo vínculo de caridad, como si fuesen hijos de una sola madre. ¡Oh bondad de Dios! ¡Entre ellos me encuentro yo!

Hace tiempo ando por saber puntualmente mi edad: no la sé de fijo<sup>1</sup>. Singular merced me haría V. S. si quisiera mandar algún hermano mío á Diest, para sacar con todo cuidado la partida de bautismo: en teniéndola, sírvase V. S. remitírmela sin tardanza por el medio que le fuere posible. En fin, me encomiendo encarecidamente á los santos sacrificios de V. S. Yo siempre por mi parte tengo en la memoria la caridad de mi bienhechor.

De Roma, en el Colegio Romano de la Compañía de Jesús, á 23 de Noviembre (1619).

De V. S. siervo en Cristo

JUAN BERCHMANS.

Recados afectuosísimos al Sr. D. Itre, á Gil con los suyos, á mis hermanos, á los parientes y á los amigos de Diest. Es mi deseo que V. S. procure que mis hermanos y mi hermana (en el original léese mis hermanas, por yerro) confiesen cada ocho días y comulguen cada mes. Fuera de esto, no tengo cosa que me dé cuidado. No me importaría, ni se me haría vergüenza que los míos anduviesen mendigando de puerta en puerta; pero sería cosa intolerable para mi alma que ofendiesen á Dios con un solo pecado mortal.

<sup>1</sup> Pensaba el Santo que había nacido en 9 de Marzo, y así lo asentó en los libros del Noviciado.



## CAPÍTULO V.

### SU PUREZA ANGELICAL.

- I. La conservó siempre intacta.—Insignes testimonios de dos Padres.
- II. Interesante declaración del P. Cepari.—Tres grados de castidad.—Sus pecados.—Prudencia en las lecturas.
- III. Frutos de su limpieza virginal.—Su presencia infunde en otros virtud.—Grave declaración.—Asombro del Card. Belarmino.—Pintura del P. Cepari.

#### I

DE la modestia que ordena el cuerpo con la compostura de las acciones exteriores, y de la mortificación y humildad que limpian los siniestros del espíritu dando su última forma á los actos interiores, brotó como del capullo la flor la pureza angelical de nuestro bienaventurado mancebo. No podía ser sino castísimo, quien tenía cerradas las ventanas de los sentidos, por donde suele el pecado escalar la morada del alma y hacer presa en sus bienes; ni había de ser sino purísimo, quien con denuedo varonil traía enfrenados los apetitos y los antojos del amor sensual; ni debía ser sino inocentísimo, quien era tan humilde y despreciador de sí, confiado sólo en Dios.